

FERNANDO
SAVATER
EL
CONTENIDO
DE LA
FELICIDAD

AGUILAR

Presentación de esta edición

Este conjunto de ensayos ha conocido diversas peripecias, tanto para llegar a reunirse como para mantenerse juntos. Al comienzo, debían formar un libro breve que encabezaría una colección titulada precisamente así, «El contenido de la felicidad», que yo iba a dirigir. Fallido el proyecto antes de comenzar a realizarse, proseguí reuniendo ensayos sobre tema moral pues mi objetivo era abordar la felicidad desde su entraña ética. En 1986 se editó la primera versión de este libro, con escasa fortuna de distribución. Ahora se me brinda la posibilidad de reeditarlo con dos extensas adiciones y una mínima supresión. Los textos incorporados son «La necesidad de la ética» y «Biología y ética del amor propio», escritos ambos muy recientemente (y por tanto tras la aparición de mi «Ética como amor propio», a finales de 1989). Espero que en esta ocasión la edición de este librito pueda pasar como definitiva, dentro de lo que son definitivas las cosas del mundo editorial o, simplemente, del mundo.

Fernando Savater
Madrid, septiembre 1993

Sobre el contenido de la felicidad

De la felicidad no sabemos de cierto más que la vastedad de su demanda. En ello reside precisamente lo que de subversivo pueda tener el término, pues, por lo demás, resulta ñoñería de canción ligera o embaucamiento de curas. La felicidad como anhelo es así, radicalmente, un proyecto de *inconformismo*: de lo que se nos ofrece nada puede bastar. Se trata del ideal más arrogante, pues descaradamente asume que tacharla de «imposible» no es aún decir nada contra ella. Imposible, pero imprescindible: irreductible. Su rostro permanece tenazmente oculto, pero la nitidez de su reverso nos basta para impulsarnos a requerirla sin concesiones: tal como Jehová a Moisés, sólo nos muestra su espalda (o su trasero), pero también en este caso ese disimulo resulta beneficioso. Cualquiera de sus habituales sinónimos fracasa al intentar sustituirla, porque su *ápeiron*, en último término, es más imprescindible para entenderlos o, al menos, definirlos de lo que ellos sirven para concretarla. El placer o la utilidad o aun el bien nada significan en cuanto ideales de vida si no se los refiere a la felicidad, mientras que ésta se obstina en no dejarse agotar por ninguno de ellos, ni siquiera por su conjunto. Esta resistencia resulta de nuevo subversiva porque fallan así las más comunes primas

a la productividad y las recompensas de la obediencia, sobre las que se basa la falsa reconciliación colectivista, sea liberal o autoritaria. Felicidad es todavía lo que los políticos no se atreven a prometer directamente en nuestros días —aunque ya no se trate de esa idea «nueva en Europa» que encandiló a Saint-Just—, y ello debe ser subrayado en honor del término¹.

No sabríamos definirla, no la confundimos con ninguno de los sucedáneos que pretenden reemplazarla; pero suponemos que seríamos capaces de reconocerla si por fin nos adviniese. Lo cual, por decir lo menos, no parece seguro. Quizá lo que ocurre con la felicidad es que somos incompatibles con ella. Felicidad es aquello que brilla donde yo no estoy, o aún no estoy o ya no estoy. Para ser feliz tendría que *quitarme* yo. Y, sin embargo, es el *yo* el que quiere ser feliz, aunque no se atreva a proclamarlo a gritos por las calles del mundo, aunque finja resignación o acomodo a la simple supervivencia, es decir, a la obligación de la muerte. Decir «quiero ser feliz» es una ingenuidad o una cursilería, salvo cuando se trata de

¹ La felicidad se ha considerado durante largo tiempo una idea políticamente «de izquierdas». Un autor paradójico y secreto de nuestros días, Gabriel Matzneff, escribía en este sentido a mediados de los sesenta: «La felicidad, esa flor exquisita y rara, es un estado sospechoso a ojos de la sociedad burguesa, que husmea en ella un germen de trastorno y las primicias de las revoluciones. Si debiera convencerme de que no soy un hombre de derechas, me bastaría considerar el abismo que separa mi afán muy vivo de felicidad y la desconfianza que le testimonia la reacción» (*Le Défi*). Sin embargo, no faltan representantes de un izquierdismo lúgubre y sanguinario que también consideran la búsqueda de la felicidad como una muestra de «egoísmo burgués». Según parece, no hemos venido a este mundo para intentar ser felices, sino para procurar «hacer felices a los demás», según rezaba la consigna de un cura televisual del Opus Dei hace no tantos años. Que la felicidad sea una idea tan *excesiva* como para que ya no se la pueda incluir impunemente en un programa político tiene una ventaja: mostrar los límites intuitivos de la política. Pero también la desventaja y el peligro de los objetivos sombríos que sustituirán a su promesa.

un desafío, de una declaración de independencia, de una forma de proclamar: «Al cabo, nada os debo». En cuanto deja de ser un cebo o una reconciliación piadosa, la felicidad —por inasible, por perennemente hurtada— comienza a liberar. De ahí que la echa a perder del todo eso del «derecho a la felicidad». A todo puede haber derecho, menos a ella; se trata de lo *contrario* de aquello que se consigue o recibe en cumplimiento de un derecho. Quizá pueda decir legítimamente que tengo derecho a ser infeliz a mi modo o —siguiendo al Tolstoi del comienzo de *Ana Karenina*— que tengo derecho a mi propia historia. Tal es el principio de mi aceptación y rechazo de la colectividad, pues mi estilo de infelicidad se encuentra necesariamente mediado por muchos otros intentos semejantes, aunque profundamente divergentes del mío. A la administración de mi infelicidad sí tengo derecho —o, mejor, sí que *hay* derecho—; pero no hay tal cosa como un «derecho a la felicidad». Ni brota de un convenio ni está garantizada por una institución superior a la que por ese motivo haya que rendir cauta pleitesía. Tampoco sabría *ganármela* de ningún modo, aunque, en cambio, discierno aquellas de mis acciones que colaboran a rubricar su alejamiento: y son demasiadas. Kant habló de que lo importante —es decir, lo que nos concierne en cuanto propósito actual— no es la felicidad, sino «ser dignos de la felicidad». Ser *dignos* de la felicidad no es tener derecho a ella ni ser capaces en modo alguno de conquistarla (recordemos aquel beato título del bueno de Bertie Russell: *The conquest of happiness*), sino intentar borrar o disolver lo que en nuestro yo es *obstáculo* para la felicidad, lo que resulta radicalmente incompatible con ella. Aquellas contingencias que no responden al puro respeto a la ley de nuestra libertad racional, tales

serían esas opacidades del *yo* bloqueadoras de la transparencia feliz, según Kant; Schopenhauer y los budistas supusieron más bien, como ya ha quedado insinuado, que es el *yo* mismo lo que nos hace indignos de la felicidad.

Borges escribió en una ocasión que el dragón es una figura que contagia irremediabilmente de puerilidad las historias en que aparece, y yo hace tiempo me permití parafrasearle señalando que también la palabra *felicidad* puede rebajar un poco la madurez o la verosimilitud de los intentos teóricos en que se la incluye. Debo añadir ahora que mi interés por los dragones y por la felicidad proviene precisamente de esa circunstancia en apariencia derogatoria. Pero comprendo muy bien lo que debía sentir el personaje de Heinrich Böll cuando expresaba así su fastidio: «En las películas de divorcio y de adulterio juega siempre un gran papel la felicidad de alguien. “Hazme feliz, querido”, o “¿Quieres ser un obstáculo a mi felicidad?”. Por felicidad no alcanzo a entender nada que dure más de un segundo, puede que dos o tres como máximo» (*Opiniones de un payaso*). El rechazo instintivo de tan blandengues cursilerías —como el que sentía Nabokov hacia la suave música ambiental en locales públicos— es una inequívoca muestra de salud mental. Hay que exigir más a nuestra búsqueda en cuestiones que se suponen peligrosamente *inefables*.

Las páginas que siguen intentan llegar un poco más lejos en este camino, aunque quizás el lector pueda sentirse en principio contrariado porque de la felicidad misma, directamente, no parece hablarse. La razón es ésta: parto de la base de que la única perífrasis que puede sustituir consecuentemente a la voz *felicidad* es «lo que queremos». Llamamos felicidad a lo que queremos; por eso se trata de un objeto perpetuamente perdido, a la deriva. La fe-

licidad sería el *télos* último del deseo, ese mítico objetivo una vez conseguido el cual se detendría en satisfecha plenitud la función anhelante. Al decir «quiero ser feliz», en realidad afirmamos «quiero *ser*». O sea, unir definitivamente el en-sí y el para-sí, superar la adivinanza hegeliana según la cual el hombre «no es lo que es y es lo que no es». De lo que el hombre quiere —no de lo que *debe* o *puede*— trata precisamente la ética. Por tanto, creo que una aproximación especulativa al contenido de la felicidad que pretenda huir de la cursilería y de la puerilidad no puede hablar más que de ética. El ensayo que da título a este volumen intenta ser una aproximación al funcionamiento interno de la decisión ética. Los restantes textos amplían, precisan o prolongan algunas de las cuestiones que fueron planteadas en mi obra principal sobre este tema, *La tarea del héroe. Ficciones útiles y Alma y espíritu*; escritos en principio como breves artículos para un diccionario de filosofía, aportan una nota en cierta suerte metodológica, indicando *desde dónde* y *cómo* suena el discurso ético.

Este libro pertenece a ese género inusual, la filosofía. La mayor parte de lo que hoy se ampara bajo ese nombre un tanto ajado no lo merece, pues no consiste más que en apuntes de clase en torno a alguna obra venerable o en un recetario de fichas de lectura mejor o peor hecho. La filosofía es un ejercicio diferente, cuyo designio mismo no es, en modo alguno, ajeno al tema de la felicidad. De Aristóteles a Spinoza, como también luego en Hegel y Schopenhauer, se ha pensado que la dicha más alta para el hombre consiste, a fin de cuentas, en la contemplación racional. Nuestra hora es más cauta ante manifestaciones de este tipo, pero no las ha olvidado del todo, ni quisiera yo, desde luego, pasarlas por alto aquí.

Más allá de una supuesta autocomplacencia gremial o de una intelectualización abusiva de la vida humana, encierran un adamantino núcleo de verdad, que debe ser rescatado. Quizá sea Adorno quien lo haya expresado mejor: «El atractivo de la filosofía, su beatitud, es que aun la idea más desesperada lleva en sí algo de esa certidumbre de lo pensado, última huella de la prueba ontológica de la existencia de Dios, tal vez lo que en ella hay de imperecedero».